



MERCADO DE CHAMBERÍ. MADRID

Un cálido mercado en un frío día de invierno

JAVIER CASARES

Rilke: *“Mi patria es la infancia”*

Los mulos arrastraban el carro de la basura. Unos chicos jugaban a la pelota en García de Paredes, esquina a Miguel Ángel. Hacía mucho frío. María se tapó la cara con las manos y se arrebujó la chaqueta. Le quedaban unos trescientos metros hasta la “plaza”. Su pequeño Fernando –roja llamarada en los cabellos– se agarraba a la bolsa que llevaba en la mano derecha.

Cruzaron la calle Zurbano con cuidado. Un motocarro pasó a una extraña velocidad.

–¡Vamos! ¡Vamos! –le dijo María a Fernando, que se había puesto a dar patadas a una chapa de *orange-crush*.

El olor de la inmensa vaquería de la calle Fernández de la Hoz les sirvió como calefacción momentánea.

–¡Quiero ver a las vacas! ¡Quiero ver a las vacas! –exclamó Fernando.

–Bueno, bueno, pero sólo un momento –contestó María de forma condescendiente. Al fin y al cabo, los dos mayores estaban en el colegio, y los caprichos de Fernando eran escasos y baratos. Se asomaron a la portezuela y pudieron ver al menos diez vacas rumiando su hierba. Una lechera salía con dos cántaros:

–Buenos días, señora María. ¡Qué frío tan espantoso!, ¿eh?



De improviso apareció el *gran actor*. Procedía de los Estudios Ballesteros, situados en el otro lado de la calle García de Paredes. Era muy alto, más que en las películas, y sonreía de forma abierta y franca. Se acercó a Fernando y le dijo:

–¿Qué tal estás, pelirrojo? ¿A dónde vas?

Fernando, con tono balbuceante, le contestó:

–Voy a la plaza con mi madre.

–Y, ¿qué vas a comprar? –le interpeló el *gran actor*.

–Pues...judías verdes, porque me encanta limpiarlas, y pasta para las empanadillas y tomates y aceite para mis rebanadas de aceite y azúcar...

–De acuerdo, de acuerdo... –exclamó aquel hombre tan alto.

El *gran actor* meditó unos instantes y dijo:

–¿Qué te parece si os acompaño a la plaza? Hace mucho que no voy; viajo y trabajo mucho. ¿Le parece bien, señora?

María, algo perpleja, contestó:

–Lo que usted quiera.

Anduvieron por la calle de García de Paredes hasta la puerta del mercado. Durante el camino el *gran actor* le preguntó a Fernando:

–¿A qué te gusta jugar?

Fernando contestó entusiasmado:

–Me gusta jugar con las chapas. Hago carreras ciclistas y campeonatos de fútbol. A veces utilizo botones viejos. Cuando llueve, hago presas con el barro en la Castellana. También me gusta jugar al fútbol y al escondite y a...

–Estupendo, estupendo –le cortó el *gran actor*, riéndose abiertamente.

–Señores, miren qué lechugas tan hermosas tengo hoy –una anciana sentada en un cajón señalaba una docena de lechugas que se mostraban exuberantes y esplendorosas en una caja de dimensiones reducidas. Las arrugas de la anciana delataban su edad y, sobre todo, su sufrimiento. María le compró dos lechugas. Cuando habían recorrido unos diez metros, el *gran actor* retrocedió y le compró una más. En su cara se adivinaba un leve rictus melancólico.

Entraron en el mercado. El frío desapareció. La animación y las voces dominaban el ambiente. El hermoso mosaico cromático daba una iluminación especial.



“Popotitos no es un primor, pero baila que da pavor...” La voz de Enrique Guzmán resonaba en el transistor de la frutería a la que acudieron a comprar manzanas y peras.

–¿Qué tal están las naranjas hoy? –preguntó María.

–Estupendas, señora, estupendas –contestó el frutero Genaro, transmitiendo sus palabras a través de su enorme bigote. Fernando le llamaba, en voz baja y para sí mismo, el Mostachudo.

–¡Mire, qué pescadillas y qué sardinas! –la voz de Pepe, un enorme pescadero, resonaba en gran parte del recinto. Fernando pensaba que era un gigante y que, con facciones más dulces, se asimilaba al poderoso gigante de Jack y la habichuela. Alguna noche había soñado que le perseguía hasta las raíces de la judía mágica y que luego regalaba unas maravillosas gambas (de las que relucían en su mostrador).

Siguieron su recorrido, en medio de la algarabía, contemplando las carnicerías, pescaderías, fruterías que por todas partes ofrecían un espectáculo multicolor. El *gran actor* sonreía complacido y le guiñaba el ojo al atónito Fernando. María iba rellenando su cuaderno de cupones que le permitiría en el futuro obtener algún utensilio moderno.

–Mamá, ¿el domingo iremos en el tranvía 61 a los caballitos de la Moncloa? –preguntó repentinamente Fernando.

–Ya veremos –dijo María– a lo mejor vamos a la tómbola de la Vivienda.

–¡Ah!, es muy emocionante. Un año me tocó una olla express” –aseveró complacido el chiquillo.

Las bolsas pesaban bastante y María dijo:

–Volvamos a casa.

Fernando dijo:

–Un poco más, mamá. Que esto es muy divertido.

El *gran actor*, con sus enormes manos, cogió las bolsas de las manos de la madre de Fernando.

Al salir del recinto volvió el frío. Fernando se metió las manos en los bolsillos de su pantalón corto y refunfuñó, en tono inaudible, por tener que abandonar el mercado.

María le consoló:

–Luego haremos un muñeco con la pasta de las empanadillas y me ayudarás a sacar los guisantes de las vainas.

–Estupendo, estupendo –exclamó Fernando.

Al llegar a la esquina de García de Paredes y Miguel Ángel, el *gran actor* le dio las bolsas a María y le estampó un beso a Fernando, al tiempo que exclamaba:

–He pasado un día inolvidable.

El motocarro del portero-fontanero pasó por la calzada y les pitó con estridencia.

–Adiós, adiós –exclamó Fernando con infantil alegría.

Cuando se dio la vuelta, el *gran actor* había desaparecido.

¡Pero qué bien se lo iba a pasar sacando los guisantes de las vainas y fabricando un muñeco con la pasta de las empanadillas!

En lontananza, probablemente en la lejanísima





glorieta de Iglesia, retumbaba una voz: “Para hoy, diez iguales para hoy”. A continuación se oía, o parecía oírse: “Melones de Villacañeros, únicos, pruébelos, señora, pruébelos”, desde el mercado de Chamberí.

En aquel áspero día invernal, en plena cuesta de enero, a Fernando se le iluminó la cara. Después de comer se podían escuchar en la radio los “diálogos tontos de doña Merenguitos y don Tremebundo” (dos chulapos madrileños defensores acérrimos de merengues y colchoneros) y sobre las siete de la tarde “ponían” Jim Phoscao, una impresionante radionovela de aventuras. Habría que pedirle a mamá que pusiera el brasero a punto. Por un instante, Fernando se llenó de euforia parvular. ¡Qué bonito era ir al mercado y qué maravillosa era la radio!

JAVIER CASARES

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID



MERCADO DE CHAMBERÍ. MADRID

El Mercado de Chamberí está ubicado en el barrio madrileño del mismo nombre, en una zona residencial y de servicios en el centro de la ciudad. Fue inaugurado en 1943, y tiene una superficie construida de unos 2.500 metros cuadrados, de los que unos 1.900 son superficie útil. Está gestionado por la Asociación de Comerciantes y la oferta comercial incluye a 65 puestos, de los que 13 son de frutas y verduras, 28 se dedican a carnes y productos cárnicos, y 11 son pescaderías. En los últimos cinco años, el número de puestos se ha reducido en un 43%.

De cara al futuro, MERCASA acaba de realizar un estudio de optimización de este mercado, incluido dentro del estudio global de los 49 mercados madrileños de titularidad municipal, encargado por el Ayuntamiento de Madrid. En ese estudio, las recomendaciones de MERCASA en relación con el Mercado de Chamberí señalan que será necesario ajustar la oferta global con productos de compra cotidiana en régimen de autoservicio, para establecer sinergias con la actual oferta de perecederos.